EDRA, EL ÁGUILA BLANCA

ROSANA GUTIÉRREZ TAPIA

© 2010 Bubok Publishing S.L.

ISBN: 978-84-9981-609-8 DL: M-17370-2011

Impreso en España / Printed in Spain

Impreso por Bubok

A mis hijos con cariño:

“Deseo que encontréis vuestro camino

y nunca dejéis de soñar.”

ÍNDICE:

I. El lago Neuchâtel, al pie de los Alpes…….…… 9

II. Los pueblos del norte….…………………………. 37

III. El bosque de Jarankaf……………………..……..69

IV. Los orígenes de Edra……………………………...97

V. Butrón: la aldea al otro lado del lago……..111

VI. La vida en Belios……………………………….…..127

VII. Edra y Nuskda unidos por el mismo destino…………………………………………….…..…….153

VIII. Paz en las aldeas hermanadas: Belios y Butrón……………………….……………………….…..….185

Nota al lector………………………………………………200

Mapa………………………………………....................201

Ilustraciones de Rubén García Rejas.

CAPÍTULO I

EL LAGO NEUCHÂTEL, AL PIE DE LOS ALPES

Cabalgaba aquella mañana como un pájaro surca el cielo. Iba montado en su caballo, y ambos parecían una sola persona, hombre y animal. La pradera todavía conservaba el rocío de la mañana y, al ser primavera, el verdor se extendía por kilómetros. Al fondo estaban las montañas, que todavía tapaban un sol que resplandecía detrás de ellas, como queriendo deshacerlas con sus rayos. Todas las mañanas salían a correr juntos. El joven jinete era muy moreno, y su cuerpo fuerte y musculado. Su pelo largo caía sobre los hombros y, al correr, el viento lo llevaba a su antojo. Con una sonrisa permanente en la cara, gritaba de felicidad: « ¡Vamos, Risco, corre, corre todo lo que puedas! ¡Eres el mejor caballo que he tenido nunca! ¡Corre, que casi volamos juntos!»

El caballo relinchaba de alegría al escuchar a su amo, y saltaba, brincaba y aceleraba su carrera. Nunca vi un ejemplar como aquel. Era un caballo enorme, negro zaino, con un brillo espectacular. Sus crines casi llegaban hasta el suelo, y al correr parecía que le hacían volar como el pájaro más elegante del cielo, como el águila. Su cuerpo era fuerte. Se le notaban los músculos al correr y el sudor le hacía brillar aún más. Nunca olvidaré esa escena, porque pasaron cerca de mí. Me paré a contemplarles y me di cuenta de que sólo algún sentimiento puede igualar la complicidad entre un hombre y un animal. Aquella sensación duró poco, pero fue tan intensa que se grabó en mi cabeza para siempre. Él era el hijo del señor de mi pueblo. En aquella época todos vivíamos bajo sus órdenes. El señor Bastión, que así se llamaba el padre, gobernaba la aldea de Belios, en las orillas del lago Neuchâtel, al pie de los Alpes. Se nos conocía con el nombre de celtas.

Yo, Olmes, pertenecía al grupo de artesanos de nuestra aldea. Éramos unos novecientos los que vivíamos allí. Nuestros antepasados provenían del norte y yo conozco bien nuestro periodo anterior, al que llamamos Hallsatt. Era joven cuando recibí la gran responsabilidad de encargarme de formar a los nuevos artesanos de mi pueblo. Creábamos artilugios para labranza, para el ganado y comenzábamos a forjar hierro, algo que fortaleció nuestra defensa, pues nos hicimos con grandes armas para luchar y para construir. Durante estos meses, se empezó a formar el grupo de herreros. Yo formaba a los jóvenes y entre ellos estaba Nuskda, el hijo de Bastión. Le conocía desde muy pequeño. Aunque él y yo casi teníamos la misma edad, yo tomé el relevo de mi padre en la formación de artesanos. Esto sucedió cuando mi padre murió. Apenas le conocí. Tenía diez años cuando se marchó a la última guerra contra la aldea vecina y no regresó. Murió en el campo de batalla. Nos dejó solos a mi madre, a mis dos hermanos y a mí. Yo era el mayor de todos y me hice cargo de todo lo que él hacía.

Mi madre me dio la formación que me faltaba, pues las mujeres en nuestra aldea aprenden lo mismo que los hombres, artesanía, construcción, cuidado de hijos, y también aprenden a cazar, a luchar, a todo. Cuando mi padre murió, yo sabía ya luchar con palo y espada. Y mi hermana Zádua ya empezaba sus clases de palo con mi padre y también conmigo. A sus seis años luchaba mejor que muchos amigos míos. Era rápida y veloz. Movía el palo de tal forma que a veces no lo veía y conseguía vencerme. Además, al ser más pequeña, se me escurría entre las piernas y conseguía esquivar todos los golpes. Me encantaba luchar contra ella, porque aprendía mucho. Su melena era larga y rubia. Al tener el pelo rizado, movía la cabeza y parecía estar bailando la danza del león. Yo la llamaba «mi pequeña leona», y ella estaba orgullosa porque sabía que a mí me encantaba verla pelear tan bien. A veces preparábamos peleas amistosas entre los chicos y las chicas de mi edad y la dejaba participar. Mis amigos no querían, pues les humillaba mucho que una muchacha tan pequeña pudiera derrotarlos. Los mayores se reían y a ellos les sentaba muy mal. Zádua tenía los ojos azules, del color del cielo en primavera. Brillaban tanto que a veces parecía que deslumbraran. Me encantaban su sonrisa y sus pecas. Ella no entendió la muerte de mi padre, le enfadaba la guerra y quería ir a luchar para matar a todos los enemigos y así vengarle. Cuando él faltó, su sonrisa no fue la misma y durante todos estos años ha crecido en físico y en fuerza, pero también en rencor. Su lucha es perfecta, yo diría que no hay nadie en el poblado que maneje el arco y el palo como ella. Con la espada también es muy buena. Ahora tiene dieciséis años, es una mujer preciosa, su cuerpo es esbelto y musculoso por el ejercicio. Su melena y sus ojos cautivan a todos los muchachos de la aldea. Pero yo sé que en el fondo siente rencor y echa de menos a nuestro padre. Esto le hace más interesante y enigmática. Muchos muchachos quieren conocerla y salir con ella, pero ella solo piensa que tiene una misión en la vida: vengar la muerte de papá, ir a la guerra y acabar con los enemigos. No deja espacio para el amor, ni para coquetear con ninguno de los chicos.

Mi otro hermano se llama Eric. Tenía dos años cuando mi madre se quedó sola con nosotros y apenas recuerda a padre. Yo he sido su padre casi todo este tiempo; le he enseñado todo lo que a mí me enseñaron y lucha todos los días con mi madre. También asiste al taller de artesanos conmigo y le gusta mucho trabajar el hierro. A sus doce años, Eric es un adolescente fuerte y seguro de sí mismo. Aprendió la dureza de Zádua en la lucha, la resistencia de mamá en lo que quiere aprender y la ilusión por la vida que yo le he transmitido.

Mi madre se llama Dumanna. Es la mujer más guapa de la aldea, y yo sigo enamorado de ella. Me ha enseñado todo lo que sé y me ha hecho entender que la muerte es parte de la vida. Creo que por eso, por estar tan fascinado con ella, no he conocido a ninguna muchacha que me guste. Dumanna es una mujer muy reconocida entre nosotros pues es desciende de la familia más poderosa de nuestro pueblo; se comenta que somos descendientes del dios Lug, un dios luminoso como el sol, elocuente y acertado con su lanza. De modo que mi madre era considerada especial por su sangre divina, por su elocuencia y por su sabiduría, como el dios Lug. Su cabello claro resplandece con el sol. Cuando camina por la aldea para coger agua del manantial, las miradas se fijaban en ella, por su hermosa figura y su manera de caminar. Después de perder a mi padre, muchos hombres quisieron pretenderla, pero ella solo tenía ojos para nosotros, sus hijos. Y yo creo que seguía viendo a mi padre, algunas noches, en el mundo de los espíritus.

Una noche, cuando yo tenía doce años, mientras mis hermanos dormían tuve una pesadilla y me desperté. Me asomé a su habitación, porque salía una potente luz blanca y los vi a los dos. Estaban resplandecientes, desnudos, se besaban y sonreían mientras hacían delicadamente el amor. Nunca presencié nada tan hermoso. Mi padre estaba como yo le recordaba y la envolvía con sus brazos. Luego mi madre se puso encima de él con las piernas abiertas mientras él le acariciaba los pechos. Nunca había visto a mi madre desnuda, pero me pareció hermosa, muy hermosa, con su melena rubia que parecía deslumbrarme. Vi cómo se movían y gemían de placer. Sentí alegría por verles juntos y felices, pero a la vez tristeza, porque ese encuentro sería puntual, tal vez brujería de mi madre. Entonces no lo entendí bien, pero nunca olvidaré esa escena mientras viva; una escena que me hace soñar que yo encuentro a alguien para poder amarla así, con ese amor que trasciende lo temporal y lo humano. A partir de aquel día, supe que mi madre tenía alguna clase de poderes, no era solo brujería sino mucho más: poder divino. Por eso, también supe que nunca aceptaría a ningún pretendiente, pues en su corazón y en su cuerpo seguía vivo mi padre. A partir de entonces, muchas veces descubrí ese resplandor en su habitación y me sentía feliz por ellos. Mis hermanos no sabían nada de lo que ocurría algunas noches, pero se alegraban de que no aceptara a nadie, pues el recuerdo de mi padre, sobre todo en Zádua, era muy fuerte y marcaba toda su existencia. A partir de aquella experiencia, me interesaron mucho las enseñanzas de mi madre sobre temas del más allá. Nos contaba historias preciosas sobre princesas luchadoras y príncipes atrapados en castillos que luchaban por su amor; y también sobre la naturaleza y sus criaturas. Nos explicaba por qué los animales eran sagrados y debíamos adorarlos como criaturas que nos acercaban a los dioses. Ella adoraba los caballos y en la tumba de mi padre se colocó una cabeza de caballo negra esculpida en la piedra. Nos explicaba que los caballos eran rápidos, bravos y conducían al guerrero en la batalla. Si este moría, también lo conducían al más allá. Por esta razón, todos estábamos tranquilos porque mi padre estaría en el más allá, con los dioses. Aunque yo sabía que de vez en cuando nos hacía una visita; bueno, que visitaba a mi madre.

Aquella primavera se respiraba un aire especial en el poblado. Yo cumplí mis veinte años y mi madre me apuraba para que, antes de la fiesta de la primavera, buscase una joven y celebrara con ella el compromiso. El invierno había sido largo y duro, las nevadas y el frío intenso hicieron que todos esperáramos con más ansia la luz y el florecer primaveral. Yo me había fijado en una chica, la hija del ganadero Robert. Creo que me gustaba porque ella me miraba siempre con ojos brillantes y estoy seguro de que yo le gustaba. No estaba locamente enamorado, pues era mi madre la que ocupaba gran parte de mi corazón, a lo que se añadía lo hermosa que me parecía cuando la contemplaba haciendo el amor con mi padre. Entre todas las chicas, la hija del ganadero era la única a la que podría llegar a querer. Nos teníamos que conocer, así que mi madre me animó a presentarme a sus padres y a pedirles si podía convertirme en el esposo de su hija el día de la celebración.

La fiesta de la primavera era la más bonita del año. Lo primero porque nos quitábamos esas pieles de osos y ciervos que llevábamos en invierno. Las mujeres enseñaban sus hombros y sus piernas, ajustaban los vestidos y dejaban vislumbrar sus curvas. Y los hombres también enseñábamos nuestros músculos, fuertes por las luchas y el trabajo diario que teníamos que hacer en la aldea durante todo el invierno: cortar leña, forjar hierro, retirar nieve. Todo el pueblo acudía a la fiesta. Preparábamos una gran hoguera y pedíamos a los dioses su bendición, para que los frutos y sembrados fueran abundantes. Los animales también disfrutaban de la fiesta, pues durante esos días se les adornaba y se les alimentaba mejor.

Aquel día, mi madre y Zádua preparaban nuestra casa; arreglaron el tejado y pintaron la fachada. Se reían con complicidad de mí y de la hija de Robert, Sátari. Desde luego, para mí era una primavera muy especial. Ya me marchaba para la casa del ganadero, cuando mi hermano Eric me llamó jadeante y pálido.

— ¡Olmes, tienes que venir!

— ¿A dónde? Ahora no puedo. –le contesté yo.

—Pero es importante, en el bosque...

— ¿Qué?

—He visto algo...

—Eric, ahora no puedo, ¡déjame!

Ya me alejaba mientras me colocaba las ropas y me limpiaba lo que me había manchado, cuando Eric dijo:

— ¡Ella está ahí!

Me giré para escucharle y me dijo de nuevo:

- «Ella estaba ahí, la Mujer del Bosque».

La Mujer del Bosque era una leyenda conocida desde hace años. Yo la escuché de pequeño, y todos habíamos oído hablar de ella. Se contaba que un druida muy famoso, Astemir, se enamoró de una joven de nuestro poblado y se la llevó al bosque. La joven estaba prendada de él y, a pesar de la resistencia de los padres, se fue con él y no se la volvió a ver. Cuenta la leyenda que, años más tarde y debajo del gran roble, el árbol sagrado, un grupo de aldeanos encontraron a una niña que al acercarse a ella abrió sus brazos, que se convirtieron en alas blancas; su cuerpo se cubrió de plumas y su nariz se arqueó como un pico de águila. Sus piernas se hicieron pequeñas y sus pies se transformaron en garras. Los aldeanos no daban crédito a lo que veían. Dijeron que se echó a volar como un águila blanca, hermosa y elegante, y que voló hasta el sol. Se comentó después en la aldea que el druida le había hecho un hechizo y había nacido una hija que se convertía en águila. Pero en realidad nadie lo sabe ni le han visto nunca. Su familia la llora y la recuerda. Esto es solo una leyenda, y no creo que Eric la viera; quizá vio a una mujer y se pensó que era ella, pues muchas de nuestras muchachas se bañan en el lago.

En aquel momento no le escuché, pues era mucho más importante para mí ir a pedir el compromiso de Sátari. Según me acercaba a su casa, su padre me observaba con el ceño fruncido y con cara de pocos amigos. Yo no le había hecho nada, porque ni siquiera habíamos hablado ni una sola vez. Me acerqué mientras intentaba controlar mis nervios y ensayaba por lo bajo mis palabras. De pronto, me acordé de que, hace unos dos años, Eric dejó escapar su ganado por el bosque y al señor Robert no le hizo gracia. Se enfadó mucho y mi madre tuvo que mediar. Mientras me acercaba, me puse a rezar a los dioses para que hubiera olvidado aquel incidente. Además, yo no era mi hermano.

Ya estaba en la puerta y su padre llamó a Sátari con un grito.

— ¡Sátari, Sátari, acércate! ¿Dónde estás?

—Hola, señor Robert —dije nervioso.

—Hola, Olmes, ¿qué haces aquí?

—Vengo a saludar a Sátari y a hablar con usted.

— ¡Di lo que tengas que decir, no tengo toda la mañana!

—Me gustaría comprometerme con Sátari en la fiesta de la primavera.

— ¿A mi Sátari le gustas? –preguntó el Señor Robert extrañado.

—Bueno, yo creo que sí, pero se lo puede preguntar.

Se oyó una voz desde dentro de la casa que gritaba:

— ¡No seas bárbaro! Sabes que a tu hija le gusta, deja de atosigar al chico. Y ven dentro, que me tienes que ayudar. Déjales solos, que tienen muchas cosas que decirse.

Cómo agradecí esa voz de la madre de Sátari. Di gracias a los dioses porque ya había cumplido mi parte y ya sólo tenía que hablar con ella y conocernos más, con el permiso de sus padres. Estaba claro que le gustaba, pues su madre salió en mi defensa. Cuando nos quedamos solos, Sátari se acercó. Era una muchacha preciosa, atractiva, casi tanto como mi hermana y mi madre, pero además era dulce. Su pelo era largo, moreno y muy liso, y le caía por los hombros casi hasta la cintura. Esa mañana, Sátari apareció sonriendo con una túnica marrón que le llegaba hasta los pies. Lucía unos bordados blancos en el escote, que bajaban por los hombros y por los brazos hasta las manos. Tenía una abertura en su falda que dejaba entrever sus piernas al caminar. Su piel era morena y llevaba anudado el cabello en pequeñas trenzas con cordones de colores. Un cinturón con la figura de un caballo marcaba su cintura y el movimiento de sus caderas según se acercaba a mí. Me fijé en sus ojos, que ese día se fijaban en mí. Eran oscuros y profundos, con las cejas bien marcadas, y la nariz y la barbilla un poco en punta hacían su rostro alargado. Su sonrisa dejaba entrever unos dientes blancos; sus labios eran carnosos. Por un momento, pensé que sería fácil quererla y hacerla sentir el placer que yo veía que sentían mis padres. Me quedé mirándola y ella se sonrojó al ver que la miraba con deseo. Estaba claro que sin decir nada podíamos llegar a entender nuestros sentimientos. Lo que otros a veces no saben cómo explicar, nosotros éramos capaces de decirlo con la mirada.

Nos acercamos al lago dando un paseo, y durante esta caminata ella me resultó una mujer muy inteligente. Acostumbrado a la dureza de mi hermana Zádua, ella era mucho más femenina, como mi madre. Era delicada y no había ningún rencor en ella. Me dijo que sabía luchar, pero que lo justo para defenderse, porque a su padre no le parecía bien que se le encallecieran las manos. Aun así, me dijo que le gustaría mucho que le enseñara, pues sabía que mi padre había sido uno de los mejores guerreros de la aldea y también que había enseñado a mi hermana Zádua, a quien ella admiraba por su valentía y disciplina en la lucha. Pero ambas eran muy diferentes. En Sátari no había ni pizca de rencor, sonreía feliz cuando hablábamos y presentí que esa fiesta de la primavera sería la más feliz de mi vida. Notaba que mi corazón, aunque parecía que se resistía al amor, en ella encontraba cobijo. La admiración hacia mi madre era muy fuerte, pero estar con ella me hizo ver y entender en el corazón que necesitaba su suavidad, su feminidad y su delicadeza. Aquel día volví a casa con sonrisa de enamorado. No pensé que me prendara tanto de ella en el primer encuentro. Pero se hacía querer, tan hermosa, y además su mirada era sincera. Había algo en ella que provocaba que nos dijéramos nuestros sentimientos sin hablar, y eso me parecía muy especial.

Cuando llegué a casa, mi madre pedía ayuda a gritos. De pronto me acordé de Eric y de la leyenda de la Mujer del Bosque. Algo había sucedido. Corrí hacia la casa y entré.

— ¡Rápido Olmes! Tu hermana se ha caído del tejado, está casi inconsciente. ¡Llama al curandero! ¡Corre!

Al escuchar las voces de mi madre, me di cuenta de que ya le habían llamado. Había dos personas encargadas de cuidarnos en el poblado. El curandero, que se llamaba Linos, y al que todos llamábamos Li, y su mujer, Aratre, que se encargaba sobre todo de ayudar en los partos. En este caso era a Li al que necesitábamos. Yo ni había visto a mi hermana, y mi cabeza daba vueltas buscando una salida, no podía pasarle nada a mi pequeña leona. La amaba demasiado y era una pieza clave tanto en mi vida como en la de mi hermano y mi madre. Li llegó corriendo con su bolsa de ungüentos en la mano. Entramos en la casa y allí estaba Zádua, tendida en la cama y sin quejarse. Eso no me gustó, era señal de que podía ser más grave de lo deseado. Pero por otra parte, Zádua era muy fuerte y su cuerpo estaba bien disciplinado por el ejercicio.

Mi madre se quedó más tranquila cuando vio entrar al curandero. Me abrazó y los dos esperamos que la mirara y diera su opinión. Li dejó al descubierto sus preciosos pechos. Estaba como dormida y el pelo caía por el borde de la cama. Su rostro reflejaba frialdad, pero a la vez ternura. En ese momento entró Eric, que había escuchado lo sucedido. Entró pálido y sudoroso, tan alterado como la última vez que le vi, cuando me dijo lo de la Mujer del Bosque. Le miré y le dije que se tranquilizara, que todo saldría bien. Mi madre nos mandó salir a los dos y se quedó con Li y mi hermana en la habitación. Esperamos durante un largo rato. Eric no me dijo nada, y yo tampoco le pregunté. Lo primero era Zádua, que se pusiera bien cuanto antes y que no le pasara nada.

Al rato salió Li y nos dijo que no nos preocupáramos, que estaba en buenas manos. Se suponía que estaba bien, pero en ese momento no entendí a qué se refería con «buenas manos»; ¿era por mi madre o por los dioses que la acogerían como a mi padre? Me empezó a caer un sudor frío. Era tan intensa la sensación de miedo a perder a Zádua, que no aguanté más y entré en la habitación. Mi madre rezaba y cantaba en voz baja como una oración a los dioses. Parecía que todo estaba perdido. Pero su rostro era sereno y eso me sorprendió mucho: no podía estar tan serena si mi hermana estaba muerta. Recordé sus poderes y pensé que estaba haciendo un conjuro. La habitación empezó a iluminarse como cuando invocaba a mi padre, y Zádua comenzó a respirar despacio, torpemente. Su pecho empezó a moverse y su piel empezó a coger el tono normal, hasta que abrió los ojos.

— ¡Mi amor! ¡Hija mía! No puedes dejarnos, aún tu vida no ha cumplido su propósito. –dijo Dumanna con voz dulce-. Los dioses desean que despiertes y que vuelvas a la vida. Te necesitamos aquí, tienes una misión en la aldea que solo tú podrás llevar a cabo.

—Madre, ¡está viva! —grité yo.

—Sí, dentro de pocos días volverá a ser la Zádua de siempre, con su tenacidad y su belleza.

— ¿Lo has hecho tú?

—No, Olmes, son los dioses los que deciden si podemos o no quedarnos en esta vida.

—Pero yo te vi con padre una noche.

— ¿Qué dices? ¿Cómo has podido espiarme?

—Lo provocas tú con hechizos, ¿eres como los druidas?

—Calla, no es momento de hablar ahora.

Mi madre se sorprendió mucho de que yo supiera lo de mi padre, pero ya no era un niño que dormía toda la noche. De hecho, creo que Eric los había visto alguna vez también, pero por prudencia no dijo nunca nada. La que no sé si lo sabía es Zádua; tengo mis dudas, aunque entre mi madre y ella había una complicidad especial como mujeres que son.

Una vez que supimos que Zádua estaba bien, en casa se empezó a respirar un ambiente más sereno. Madre la cuidaba día y noche, y ella cada vez se sentía mejor y con más fuerza. Todos nos alegramos mucho de que acabase bien y sobre todo de no perderla. Me sorprendía lo que dijo mi madre sobre una misión que tenía que cumplir; tantos años pensando en vengar a mi padre, y tal vez llegase ese momento. Al anochecer de aquel dramático día, Eric y yo hablamos tranquilamente después de cenar. Mi hermana y mi madre estaban en su habitación y nosotros en la parte donde comíamos. Era una estancia espaciosa, porque mi padre decía que mejor tener espacio para que los dioses pudieran visitarnos y nos dieran su bendición. Después de decir esto, siempre se echaba a reír con una carcajada sonora. Recuerdo su mirada siempre hacia nosotros, con aquellos ojos marrones, tan grandes que me veía reflejado en sus pupilas. Todos le echábamos de menos. A pesar de que el tiempo pasaba, su recuerdo estaba intacto y su presencia nos inundaba el corazón. Teníamos el fuego encendido todavía de hacer la cena y sobre una piel de oso nos sentamos frente a él. Eric ya estaba más calmado y le pedí que me contara lo que había visto.

—Fui al lago a pescar con mis amigos y, cuando íbamos de camino, algo nos llamó la atención. Entre los árboles del bosque, antes de llegar al Gran Roble, nos sorprendió una sombra blanca que se movía con rapidez. Intentamos acercarnos y la perdimos. Por más que miramos, ya no vimos nada. Luego, ya cerca del Gran Roble, allí estaba otra vez; era una mujer vestida de blanco, con el pelo muy largo, casi hasta el suelo. Su tez era pálida como la muerte, pero era la mujer más hermosa que he visto nunca.

—Dices que era una sombra y luego, una mujer. ¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro, habla también con mis amigos, te dirán lo mismo.

—Ahora no es momento de molestar a madre con esta historia. Cuando se recupere Zádua, se lo comentas y a ver qué nos dice.

Estaba claro que la leyenda tenía algo de verdad, o tal vez no. Contaban tantas leyendas. Esa mujer no tenía por qué ser la hija que tuvo el druida con la muchacha de mi aldea, podía ser un espíritu en forma de mujer o, qué se yo, tantas criaturas del bosque eran mágicas y diferentes… El caso es que esos días no se habló del tema. Zádua se recuperó muy pronto y todo volvió a la normalidad, justo antes de la fiesta de la primavera.

Llegó el día esperado. Era la fiesta más bonita que celebrábamos en la aldea. Esa mañana, sonaban cornetas y flautas por las calles para despertarnos. Se hacía para recordar que nuestros hermanos los animales también compartían con nosotros esta gran abundancia de la Diosa Madre Tierra. Las calles se llenaban de hierbas olorosas como romero, hierbabuena y espliego, que dejaban el ambiente con un aroma exquisito. Todos habíamos adornado las puertas y ventanas de nuestras casas con flores silvestres.

Aquella mañana me desperté y sólo pensaba en una cosa, volver a ver a Sátari. Era tan hermosa y para esa ocasión lo estaría especialmente. En casa se respiraba un ambiente alegre porque mi madre por fin me veía ilusionado por una chica. Además, estaba deseando agradecer a los dioses la curación de Zádua. Estaba tranquila y serena, a pesar de que el peso de la ceremonia lo llevaba ella, como descendiente del dios Lug. La aldea entera se había vestido de gala. Mi pueblo se veía desde la colina: era pequeño, con grandes grupos de casas de diferentes tamaños. En el centro estaba la fuente, un manantial de agua que congregaba allí a todos los aldeanos. Alrededor de las casas, con tejados altos y pronunciados para soportar las grandes nevadas del invierno, estaba el gran bosque de pinos altos y robles. Para nosotros los árboles eran sabios y los respetábamos casi como a dioses. Las cosas más importantes siempre se consultaban a la sombra de un roble. En nuestro bosque había uno milenario que era considerado el rey de los árboles y le llamábamos el Gran Roble.

Fuimos saliendo de las casas, vestidos con nuestros mejores trajes. Se escogían colores vivos y claros, como las flores que crecían silvestres en nuestro bosque. Todos los hombres llevaban el colgante que se les había entregado en esta fiesta cuando tiempo atrás se habían comprometido con sus esposas. Tenían forma de animales, tallados en madera, y los de los últimos años estaban forjados en hierro. Yo llevaba el colgante de mi padre, que era un caballo. Al faltar él yo asumía todo. Pero esa mañana, el colgante de mi padre lo llevaría Zádua, como la segunda hija, pues yo tendría hoy mi propio colgante. Pasaban a los hijos por orden de nacimiento, tanto a hombres como a mujeres. Ellas solían ponerse un cinturón de flores en la cintura y solamente a las nuevas esposas se les impondría una corona de flores en el rito del Gran Roble. Con la música sonando, el olor de especias en el ambiente y un sol que brillaba detrás de la montaña, salimos en procesión todos hasta el Gran Roble. Íbamos cantando nuestros cánticos alegres que recordaban batallas ganadas y nuevos nacimientos en la aldea. Los niños corrían alegres alrededor.

En la cabeza del gran río de gentes se encontraba Bastión, señor de la aldea Belios. Era fuerte y corpulento, y se eligió señor porque gracias a él se conquistó la cuidad, después de una gran batalla con el pueblo vecino. Mi padre combatió con él y, como era considerado el mejor guerrero, su opinión fue bien aceptada. Bastión tenía muchas tierras y ganados que nos aseguraban que no pasaríamos hambre en caso de sequía, saqueo o heladas abundantes. Ponía orden entre las diferentes contiendas que surgían entre los aldeanos de Belios. Y tomaba las decisiones más importantes, junto con mi madre y los ancianos. Bastión y su mujer encabezaban al grupo de aldeanos. Su mujer, Dasca, era pelirroja y tan grande como él. Se la conocía en la aldea como «la grulla» porque era muy celosa y pensaba que su marido era deseado por otras mujeres, debido a su gran poder y abundancia.

Les seguía mi madre, Dumanna. Estaba espléndida con la túnica y el vestido blancos, e iba adornada con motivos de color púrpura en los bordes. Su cabello rubio brillaba. Llevaba el pelo atado con una gran flor blanca atrás. Irradiaba serenidad y tranquilidad, y se la veneraba y se la respetaba como portadora de la luz, por su sangre divina. Yo sabía que dentro de ella llevaba el deseo de estar con mi padre, y asumía sola la responsabilidad de la ceremonia. Al acercarnos al Gran Roble, todos los nuevos esposos nos poníamos en círculo: primero ellas y detrás nosotros. Mi madre se subió a una roca, e hizo que comenzara la ceremonia con sonidos de flautas y tambores. Agradeció a la Diosa Madre Tierra, la llegada de la nueva primavera. Con ella, nuestros campos darían su fruto y nuestros ganados crecerían. Así como las nuevas parejas, que esta vez éramos nueve. Las nuevas esposas estaban radiantes, de blanco con su cinturón de flores, esperando que Dumanna, les impusiera sus manos en la cabeza. En voz baja rezaba una oración, ofreciendo a cada una a la Diosa Madre Tierra. Pedía que, como ella, fueran fecundas, y abundara en ellas el amor a su familia y a su pueblo. Con la corona de flores en la cabeza, ellas se ofrecían a cumplir con su tarea de esposas y madres, sin olvidar la entrega a su aldea tanto en la lucha, como en las tareas cotidianas. Para ello, se les ofrecía también un palo de lucha que colocaban en el cinturón.

Sátari estaba resplandeciente. Su sonrisa hacía brillar sus blancos dientes y su mirada me decía que estaba feliz. Yo la observaba y deseaba estar con ella de nuevo, a solas. Mirando su pelo moreno, detrás de ella en la ceremonia, escuché su voz en mi cabeza. Estaba tan hermosa, con la corona de flores que mi madre le impuso en la cabeza... que apenas me di cuenta de que era su voz la que llegaba a mi cabeza. Sin hablar, sin mirarme siquiera, de espaldas a mí, me dijo claramente que me amaba, que estaba segura de que me haría el hombre más feliz del mundo. Yo estaba exhausto, no lo podía creer, nunca había sentido nada igual. Su voz sin duda estaba en mi cabeza, en mis pensamientos, dentro de mí. Era algo tan especial, que comprendí que nuestra relación también era especial. Claro que me haría feliz, a su lado me sentía bien, me sentía seguro de mí mismo y con ganas de amar. Me sentía embrujado, me estaba enamorando tanto de ella que ya parecía parte de mí.

Yo también le hablé con mis pensamientos, le dije que ella era la mujer de mi vida, que mientras viviera siempre la amaría. En ese momento, ella se volvió, tenía lágrimas en los ojos y sonreía; supe que me había oído. Yo también sabía hablar con ella desde el pensamiento. Era maravilloso. Era poderoso, nadie más nos podía oír, sin mover los labios, sin mirarnos, podíamos comunicarnos.

La ceremonia continuaba, mi madre rezaba y ofrecía a cada una de las nuevas esposas. Después nos tocaba a los hombres. El círculo se ensanchaba, pues los hombres dábamos un paso adelante y cogíamos de las manos a nuestras esposas, mientras los ancianos y mi madre rezaban y cantaban una oración. El rito era precioso, con el sol entrando entre las ramas de la arboleda, los pájaros cantando la primavera y Dumanna, como una diosa, cantando a favor de nuestra prosperidad y la de nuestra aldea. Comenzaba el reparto de colgantes para los hombres. Hechos en madera o en forja, nos recordaban cualidades que debíamos agradecer y fortalecer durante el resto de nuestra vida. Era una tradición muy importante, por eso pasaba de padres a hijos.

El anciano mayor se acercaba a cada uno de nosotros y con mirada serena sacaba de su bolsa un colgante y nos explicaba su significado mientras lo anudaba a nuestro cuello. El jabalí significaba potencia y fuerza para proteger la aldea, furor bélico en las batallas, por eso siempre aparecía este animal en los escudos de los guerreros. El cerdo significaba riqueza, abundancia de carne, don de la Diosa Madre Tierra. También se impuso el colgante en forma de oso, que era considerado un animal divino, celestial.

Zádua llevaba con orgullo el colgante de caballo de mi padre. Ella estaba detrás de mí, convaleciente por su caída pero con la mirada clara y su sonrisa en la cara. Había algo en su mirada que aún no sabía bien que era, pero que había cambiado. El golpe en la cabeza había cambiado su rencor por fuerza y destreza. Todavía no habíamos tenido tiempo de luchar y hablar lo suficiente, pero yo sentía que algo diferente, como una fuerza interior, había surgido en ella. Al verla con el colgante de caballo de mi padre, caí en la cuenta. Como las grandes diosas cabalgaban en sus caballos, con miradas celestiales y profundas, así vi a Zádua en la ceremonia: algo en su interior estaba forjándola como guerrera elocuente, inteligente y madura. Era como si toda la sabiduría de mi padre como guerrero y consejero de la aldea se hubiera filtrado en ella.

Por fin, el gran anciano se acercó a mí y me impuso el colgante del ciervo. Me dijo con voz solemne:

«El ciervo es el más noble de todos los animales del bosque. También la más noble de las presas. Representa la virilidad, la velocidad. Sus cornamentas se exhiben entre los árboles como sabiduría y experiencia. Como Señor del Bosque, te invoco para que sirvas siempre a la nobleza, con sabiduría, como tu padre, y al servicio de tu aldea, de la que debes estar orgulloso.

Los árboles nos muestran el camino, son hermosos y sabios, y como Señor del Bosque debes protegerlos y hacer que los protejan las generaciones venideras.

Debes guiar a nuestro pueblo, enseñar a los jóvenes, junto con tu esposa Sátari, a respetar nuestro mundo, y fórjales en la sabiduría del artesano y en la destreza del guerrero».

El anciano se inclinó ante nosotros, los nuevos esposos, y volvió a su lugar. Me sentía dichoso y elegido por los dioses para servir a mi pueblo. Sátari me miró y sonrió, y con el pensamiento me dijo: «Ennajerdhese», que significa «ciervo viril y sabio», tomado de una de las grandes leyendas de nuestro pueblo. Los dos la conocíamos desde niños y representaba mucho para nosotros, porque se creía que los ciervos del bosque eran tan inteligentes que algunos de ellos se fueron convirtiendo en humanos para asegurar el respeto a los bosques y para poner orden y paz en las batallas. «Ennajerdhese» era el grito del ciervo que se convertía en hombre para luchar contra la barbarie de las guerras.

Mi madre me observaba y sonreía con una mirada triste, como si pudiera ver que en un futuro tendría que luchar en alguna batalla y podría perderme. La conocía demasiado bien y sabía que no me decía todo lo que pensaba y predecía en sus sueños. Una vez repartidos todos los colgantes, y con nuestros corazones llenos de alegría por haber sido bendecidos por los dioses y unidos a nuestras esposas, caminábamos todos juntos hacia el lago.

El lago era la fuerza central de nuestra aldea. De él salía nuestra comida, nuestra agua, era nuestra fuente de vida. Y a los pies de la montaña encontrábamos gran variedad de plantas curativas con las que elaborábamos nuestras bebidas y preparábamos nuestras infusiones para curar enfermedades y dolores. La gran montaña nos protegía de nuestros enemigos, que más de una vez intentaron arrebatarnos la llanura al lado del lago. Los inviernos, con esas grandes nevadas, nos protegían, pero la primavera y el verano era tiempo de vigilar y prepararse para la batalla. Yo nunca presencié una batalla porque, desde que murió mi padre, la buena organización de Bastión hizo que disfrutamos años de paz y prosperidad en nuestros cultivos y ganados. Pero se respiraba en el ambiente y entre los ancianos que pronto los pueblos de más allá de la montaña vendrían a robarnos este paraíso.

Los pueblos de las montañas eran rudos y no existía nobleza entre ellos ni para luchar. No respetaban el vínculo sagrado de las familias, porque tenían varias mujeres, que robaban a otras aldeas para tener más hijos, ya que muchos hombres perecían por las bajas temperaturas. Alguna vez, mi madre me contó la leyenda del robo de mujeres de nuestra aldea, y que, gracias a sus destrezas como guerreras, lucharon y se libraron de aquella esclavitud.

Sumido en todos estos pensamientos, llegamos al gran lago Neuchâtel. Era enorme; estaba tranquilo y se postraba en silencio ante la gran montaña. Aquella era una gran pared de piedra y árboles que durante esta época quedaban al descubierto, pues la nieve solo permanecía en las cumbres. Corrían cascadas de agua producidas por el deshielo que hacían más hermoso aún el paraje.

Dumanna se arrodilló ante el lago. Con los brazos extendidos, dio las gracias en voz alta a la Diosa Madre Naturaleza, que nos complacía con su esplendor y que nos daba toda clase de bienes materiales y espirituales. También pidió fortaleza para las nuevas parejas de esposos que hoy se ofrecían.

«Dales, Diosa Naturaleza, la fuerza necesaria para luchar por su aldea, fortalecer los lazos del amor y el cariño, y ser fecundos en hechos y palabras. Que se respeten siempre y que eduquen a sus hijos e hijas en el amor y respeto hacia ti, Diosa de la Vida».

Después nos roció con ramas de romero mojadas de agua del lago y comenzó de nuevo la música y la fiesta, y volvimos a la aldea donde comimos y bebimos todos juntos dando la bienvenida a todo lo bueno que traía esa primavera. La fiesta se adentró en la noche. Todos danzábamos alrededor de la hoguera. Se respiraba alegría y felicidad. Casi sin darnos cuenta, Sátari y yo nos vimos solos en nuestra nueva casa. Ella estaba radiante y su mirada me envolvía más que el vino que había tomado. Deseaba estar a solas con ella, ahora era mi esposa y los dioses y nuestras familias ya habían bendecido nuestro amor.

— ¡Somos especiales! —dijo ella susurrándome al oído—. Me escuchaste, ¿verdad?

—Sí, te escuché. ¿Cómo lo hemos hecho? Hemos hablado con los pensamientos.

—Yo solo lo conseguía hacer con algún animal. Pero nunca con humanos.

— ¿Hablas con los animales?

—Sí, desde pequeña. Me dicen cómo se sienten, y puedo percibir su energía, si están bien o mal. Cuando tenía nueve años, me sucedió por primera vez. Mi padre cazó un ciervo. Aún estaba vivo, y yo sentí su sufrimiento y me puse a llorar, a cuidarle, y mi padre me empujó y me echó de allí. Me cerré en mi habitación y lloré toda la tarde. No logré entender mis sentimientos, pero sí noté que me dolía muy dentro el corazón. Mi madre intentó consolarme y me decía que a ella también le daba pena, pero que teníamos que comer y que siempre había sido así. Desde entonces, no como carne, respeto todos los seres vivos que me rodean, porque en ellos hay vida y sentimientos. Los humanos nos pensamos que solo nosotros sentimos y podemos expresar nuestros sentimientos, pero no es así. Todo está vivo y yo lo siento. Por eso, cuando hacemos daño a cualquier animal o planta, también lo hacemos a la Diosa Madre Tierra.

— ¡Eres increíble, Sátari! Estoy impresionado. Cada vez que estamos juntos me sorprendes con tu dulzura y tu sensibilidad. Por eso llevas tan bien el ganado, ¿verdad? Les llevas donde ellos quieren y te obedecen.

—Sí, me hablan. Ellos saben mejor que yo dónde están los mejores prados y así aprendo.

— ¿No se lo has contado a nadie antes que a mí?

—No, no he confiado en nadie hasta que te conocí y leí en tu corazón. Eres noble, y tu corazón es sensible. El colgante de ciervo que recibiste te representa realmente: eres noble y tu destino es ayudar a nuestro pueblo, como tu padre.

—Pero ¿cómo sabes eso? ¿Eres un poco bruja?

—Los animales barruntan las situaciones que se acercan, como barruntan las tormentas. Ellos están inquietos, presienten que algo está a punto de suceder, algo que no será bueno para nuestra aldea.

—Llevamos años de paz porque los pueblos del norte, en las montañas, están ocupados con otras aldeas y hasta ahora no se han fijado en nosotros.

—Pero, Olmes, sabes que tenemos la pradera y el lago más beneficiosos de toda esta zona. Las montañas nos protegen de los enemigos. El lago es nuestra vida, porque nos da agua y alimento. Además, nuestro clima es tan agradable porque al estar en la pradera tenemos una primavera y un verano envidiables.

— ¡Claro, quien lo conozca querría vivir aquí!

—Bueno, hoy es nuestra primera noche de esposos, y ya tendremos tiempo de hablar. Me gustaría que me hicieras el amor, te deseo desde que te vi y sé que sabes más que yo porque nunca he estado con otro chico.

—Eres tan hermosa, déjame que te abrace y te bese.